

Dos Españas, dos Catalunyas

ANTONIO FRANCO*

EL PERIÓDICO DE CATALUNYA, 26.11.07

Cuidado con el título. No crean que me refiero a algún paralelismo entre lo que llamamos dos Españas y lo que yo denomino dos Catalunyas, porque son situaciones completamente distintas.

Aunque entre las dos Españas haya un forcejeo, no son ya dos inmensos bloques de derecha e izquierda, militantes el uno contra el otro, como en los tiempos de la guerra civil. Ahora la contraposición interna española es unilateral. Hay una España bastante minoritaria y ultra que sí es heredera del espíritu intransigente de los años treinta y que está airadamente contra todo lo que considera heterodoxia. Pero al otro lado de la raya hay una España mucho más mayoritaria, que en parte es de derechas y en parte de izquierdas, que no está contra nadie, que se acepta plural e intenta avanzar así. El problema reside en que esta España mayoritaria vive intranquila por lo mucho que le azuzan y desorientan los voceros mediáticos y políticos ultras que le repiten a todas horas a la gente que, aunque se encuentre bien, en realidad está mal, que aunque disfrute de cierta prosperidad, en realidad está en la ruina, y que hace falta desplazar del poder como sea, como sea y como sea a los que ganaron hace casi cuatro años en las urnas.

NO QUIERO profundizar ahora en la desgracia de que existan esos partidarios de que se reabra el reñidero español. Mi intención es subrayar la existencia de dos Catalunyas que afortunadamente no viven ninguna

dinámica de confrontación activa o pasiva de ese tipo, pero que conviven a partir de fondos y maneras llamativamente diferenciados entre sí.

La semana pasada, con la coincidencia en día y casi en hora de la conferencia de Artur Mas hablando de la necesidad de refundar el catalanismo, y el programa de TVE en que el president Montilla encaró las preguntas de un amplio grupo de ciudadanos de a pie, las diferencias entre esas dos Catalunyas quedaron más de manifiesto que nunca. Al auditorio de Mas fueron bastantes centenares de personas de la sociedad catalana, muchas de ellas conocidas por su relevancia en la política, la economía, la vida cultural o los medios de comunicación. Los interpelantes de Montilla eran, en cambio, unas decenas de trabajadores perfectamente desconocidos. Artur Mas tuvo básicamente representantes de la sensibilidad nacionalista. Los interpelantes de José Montilla eran de diversos colores políticos y dieron a entender, quizá con una o dos excepciones, que se sentían inequívocamente catalanes. Encajaban con la pretensión de TVE, que decía haberlos seleccionado científicamente para que fuese un grupo representativo de la Catalunya real. En la medida de lo que pude deducir, lo eran tanto por su procedencia geográfica o social, como, por ejemplo, por su dominio de la lengua catalana, en varios casos similar al nivel del propio Montilla o al habitual en la calle.

Vayamos al fondo. Prácticamente ninguno de los ciudadanos de la muestra de la Catalunya real que reunió TVE preguntó por los problemas que poco antes había presentado como vitales y acuciantes Artur Mas a su distinguido público. Montilla tuvo que responder a la preocupación por los bajos salarios, las pensiones, la sanidad pública, la inmigración, la enseñanza o la honradez de la clase política. Y, naturalmente, a

cuestiones relacionadas con la crisis de las infraestructuras. Pero a ninguno de aquellos catalanes medios se le ocurrió plantearle, por ejemplo, si el proyecto político de nuestro país debe ser independiente del español. Eso no parecía formar parte de la agenda de grandes inquietudes de aquellos trabajadores. Artur Mas, por su parte, como es un hombre serio, aludió a estas cuestiones, pero evidentemente no formaban parte del centro de gravedad de su discurso, ya que como buen nacionalista situó como la actual prioridad el derecho a la soberanía.

Las diferencias existentes entre estas dos convocatorias tienen una trascendencia relativa pero reflejan perfectamente esas dos Catalunyas que, como el agua y el aceite, llevan mucho tiempo sin llegar a fundirse de verdad. En el fondo, Montilla, que ahora ejerce el poder, tuvo que encarar los problemas reales y tangibles que le preocupan al conjunto de la gente, mientras Mas, ahora en la oposición, tiene tiempo para iniciar la refundación del catalanismo, una cuestión que preocupa únicamente a una parte del mundo nacionalista (ya que otros catalanistas sostienen que lo que persigue, tras la jubilación de Pujol, es tan solo refundar Convergencia).

EN CUALQUIER caso, el dirigente socialista fue concreto --lo de satisfactorio o no, eso fue por barrios-- en sus respuestas, mientras el líder nacionalista, víctima tal vez de las excesivas expectativas que él mismo había creado, ha vuelto a ser acusado de ambiguo. Tan ambiguo, por cierto, que al día siguiente de la conferencia se vio en la necesidad de ir más lejos de lo que había dicho en ella y llegó explicitar que detrás de su reclamado "derecho a decidir" se incluye la independencia. Y es que el nacionalismo llamado moderado continúa prisionero de las

semánticas, del digo o no digo, del reconozco o no reconozco, del salgo o no salgo del armario. Es su drama, no tanto por temor a lo que le pueda decir o hacer España como por miedo a lo que puedan hacer sus propios electores en Catalunya. Pujol, con el empuje de la mística de la transición, fue un maestro en el arte de navegar entre las dos Catalunyas del agua y el aceite. Pero este siglo XXI es muy duro y las dos Catalunyas parecen desear planteamientos más claros.

*Periodista